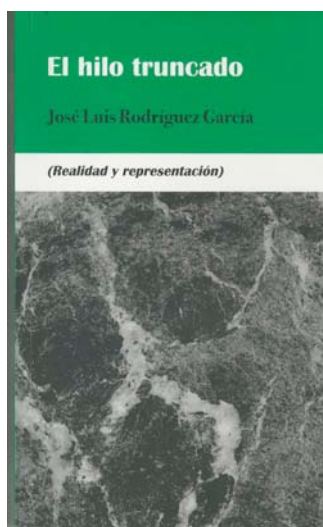


Reseñas y eventos

Poesía y filosofía

José Antonio Escrig

Reseña del libro de José Luis Rodríguez García. *El hilo truncado*. (Realidad y representación). Zaragoza: Eclipsados, 2012.



En *El hilo truncado* se pone en escena una pregunta provocadora sobre la *esencia última* de la poesía moderna y un reconocimiento de sus *poetas verdaderos*. Polemismo y apología son dos facetas del hermetismo. *El hilo truncado* es un libro hermético donde una voz comprometida (el pensamiento filosófico leyendo la voz de sus poetas) se presenta como el despliegue de una autoconciencia. Esta conciencia presenta un escenario espectral (tenebroso mundo moderno) donde filosofía y poesía incorporan una forma común de meditación. La meditación es uno de los ejes principales de la poesía moderna, aquello que le ha permitido convertirse en objeto y postularse como un posible revulsivo de la filosofía. En el libro de Rodríguez García ambas hablan el mismo lenguaje, ponen a prueba su capacidad para responder a una pregunta: “¿cuál es el sentido y labor de la poesía en el mundo del individualismo?” El autor aventura una respuesta interna, fuertemente simbolizada. Es precisamente ahí donde radica el valor de este libro. Veamos cómo aparece.

Los títulos de los dos textos que componen *El hilo truncado* (cuyo subtítulo es *Realidad y representación*) son elocuentes: “Provocaciones sobre aquello que no puede decir nada” y “Filosofía y literatura: la imposibilidad de la representación”. Rodríguez García encuentra en la poesía moderna (esfera del lenguaje heredado y de la reflexión conquistada) el cuerpo idóneo donde hacer patentes dos de las ideas que ha desarrollado por extenso en sus últimos trabajos (*Crítica de la razón posmoderna* y, especialmente, *Mirada, escritura, poder*) y que podemos resumir en una: la verdad es indecible, no puede representarse porque escapa al lenguaje consolidado y sólo se manifiesta en actos inacabados e inconsistentes, como devenir. Esta es una idea propia del pensamiento hermético contemporáneo y de ella se derivan implicaciones políticas y estéticas que conciben el tiempo de una misma forma: como renuncia a la tradición (concebida como un todo dogmático) y como apuesta por el futuro (veremos en qué términos lo concibe Rodríguez García al final de su libro). El presente

es imaginado como un río de aguas caliginosas en el que son invocadas voces dispersas, *nuestros poetas* (el hermetismo necesita un coro nuevo, una comunidad ahistórica —rizomática, se dirá— concebida como conversación imposible, solitaria, casi sordomuda). El pasado hegemónico que se pretende derrocar tiene dos actores principales en la primera parte del libro: Platón e Heidegger. Ambos encarnan, por razones muy diferentes, la fuerza sólida contra la que se rebelan los miembros de la comunidad resistente invocada por Rodríguez García. En el caso de Platón, el choque es esencial: su expulsión de los poetas en *La República* se interpreta como el asentamiento de una idea representativa de la imaginación artística. En opinión de Rodríguez García, alineado con Deleuze, detrás de la revocación platónica de los poetas hay un juicio moral que insta un orden jerárquico: los poetas sólo producen simulacros que apartan de la verdad de las ideas. El arte de los poetas es vano porque distrae al filósofo de la búsqueda de la verdad. De donde se deriva, según expone Rodríguez Gar-

cía, que sólo un arte capaz de representar la apariencia como verdad, de convertir lo aparente en verdad e imponerlo, tiene sentido en la ciudad platónica. Y de esa ciudad ideal, entendida como aparato dogmático, es de donde se sienten no expulsados sino autoexiliados los miembros de una comunidad futura (*nuestros poetas*), porque ellos no creen que exista una verdad que representar sino un indecible en continua reaparición, encarnado por sombras. Platón representa la poesía bella (antigua y poderosa, la poesía del lenguaje) contra la que Rodríguez García opone una poesía deformada (nueva y resistente), una poesía del pensamiento, autoconsciente, que balbucea sin parar.

El otro polo de la tradición hegemónica es Heidegger. El pensamiento del filósofo alemán sacraliza el lenguaje. Heidegger se aleja de la consideración superficial de la poesía que Rodríguez García ve en Platón. Para Heidegger la labor del poeta, su lenguaje, no es un simulacro baldío, sino el rescate de la palabra de los dioses, su redención del curso de habla histórico. De manera que no tiene sentido expulsar a los poetas de la ciudad por considerarlos inútiles y perniciosos, sino al contrario: serán los “guardianes de la casa del ser”, los pastores de la humanidad. Heidegger se aleja del juicio platónico, pero comparte con él algo esencial: su creencia en una verdad absoluta, representable por el lenguaje. Que en el caso de Platón dicha verdad corresponda al filósofo o a una forma de arte comprometida con el poder por él dictado, y en el caso de Heidegger se presente como lenguaje de los dioses rescatado por el poeta-pastor poco importa para la comunidad de *nuestros poetas*. Un rasgo del hermetismo es presentar la historia en un escenario abstracto, en una lucha desigual entre un contendiente errado y poderoso y una minoría *en el secreto* que permite mantener la esperanza en el futuro. Eso explica que no se deba leer el estudio de lo poético desplegado en *El hilo truncado* como un empeño estético externo, anatómico. *El hilo truncado* se escribe desde el interior de la contienda. De ahí

que fuera absurdo reprocharle la identificación de “lo poético”, en su conjunto, (mucho más amplio de lo que aquí aparece, aun limitándolo a la modernidad), con la idea de la autenticidad poética que va a presentar (el hermético necesita concentrar las energías para el inmenso combate que pretende acometer. Por otra parte, ha sido constante en el mundo moderno, fuertemente simbólico, otorgar a los poetas herméticos la condición de verdaderos poetas, de “elite” de la poesía). Rodríguez García identifica la tradición milenaria enmarcada por la voz de estos dos filósofos y la despacha en pocas líneas (“tan sólo por extensión cedemos el término poesía al himno (tradicional)”, p.40), de la misma forma que alerta sobre la corta nómina de nombres que se ajustarían al perfil de poeta-pastor proclamado por Heidegger (Hölderlin y pocos más) y dispone la suya, más amplia, pero también minoritaria. En cualquier caso el drama puesto en escena es fascinante, Rodríguez García consagra las siguientes páginas de su libro, perfilado el enemigo y su posición, a mostrar las figuras descolantes de su comunidad resistente, el nombre de los poetas que se oponen a la esencialidad del lenguaje, a la verdad asentada en el bloque de la tradición occidental que lleva desde Platón hasta Heidegger. El resultado es una luminosa e incompleta historia de la poesía moderna, presentada como obra en tres actos. En el primero, los protagonistas son William Blake y Friedrich Hölderlin. En diferentes grados, ambos encarnan la aventura del intento de la representación filosófica entendida como sacerdocio poético. El segundo presenta a Baudelaire y su apuesta moderna por la “verdad del devenir”, por lo transitorio. Para el poeta francés la verdad sólo fulgura en el veloz acontecer de las apariencias, y eso es lo que ve el artista. Pero es el tercer acto, ambientado en el siglo XX (“el infierno”, el “teatro de los holocaustos”, para la común imaginación moderna) donde tiene lugar el mayor gesto de autoconciencia, el límite de esta aventura. Rodríguez García analiza por extenso y con lúcida complicidad, el enigma

poético de autores como Artaud o Celan (en el segundo texto del libro se sumarán nuevos actores: Van Gogh, Beckett). Particularmente interesante es el esfuerzo dedicado a analizar la obra de Celan, concentrado máximo de la actitud de *nuestros poetas*. Es difícil sintetizarlo en pocas líneas, pero podría decirse así: Celan intenta inaugurar un habla de singularidad extrema, un habla disruptiva, apartada del lenguaje bello de la verdad. Esta habla se resiste a desaparecer y cifra todas sus energías en el propio acto de habla, diluidos tanto el objeto como el sujeto. Se enfrenta al mundo de Platón-Heidegger en medio de un escenario desolador, aquel en el que ha desembocado la Historia.

Nos vemos obligados a resumir mucho esta parte capital del libro, pero no conviene dejar pasar la oportunidad de exponer algo: el signo que marca buena parte de la aventura solitaria de los miembros de la comunidad poética invocada por Rodríguez García y analizado expresamente por él (la desidentificación y locura (Hölderlin, Pessoa), el balbuceo ininteligible (Artaud, Celan), la insumisión antimimética (Rodríguez García la identifica con conceptos como el “libro rizoma” o “novela del espinosismo”, en línea nuevamente con Deleuze y Guattari), la desfamiliarización, en suma, la consigna de una poesía (de una imaginación artística, en su conjunto) despatriada) está acorde con un vértigo muy característico del pensamiento moderno: el presente aparece como ruina, como lugar devastado y oscuro, morada de la nada. Pero cabe imaginar que este escenario y la energía acumulada por el trabajo de sus actores, al que viene a sumarse el ejercicio de reflexión de este libro, abren la puerta a un futuro mejor, del que forman parte. El hermetismo lo sabe, su fe en el futuro es el fundamento que le permite sobrevivir, es su júbilo, aunque la tarea le resulte en ocasiones tan agotadora que presente tintes sombríos, dubitativos; su polemismo es tal, y tal su conciencia crítica, que llega a vislumbrarse representando un papel inútil, ridículo y estremecido, abocado al fracaso. Ahí vuelve a encontrarse la semilla de su valor.